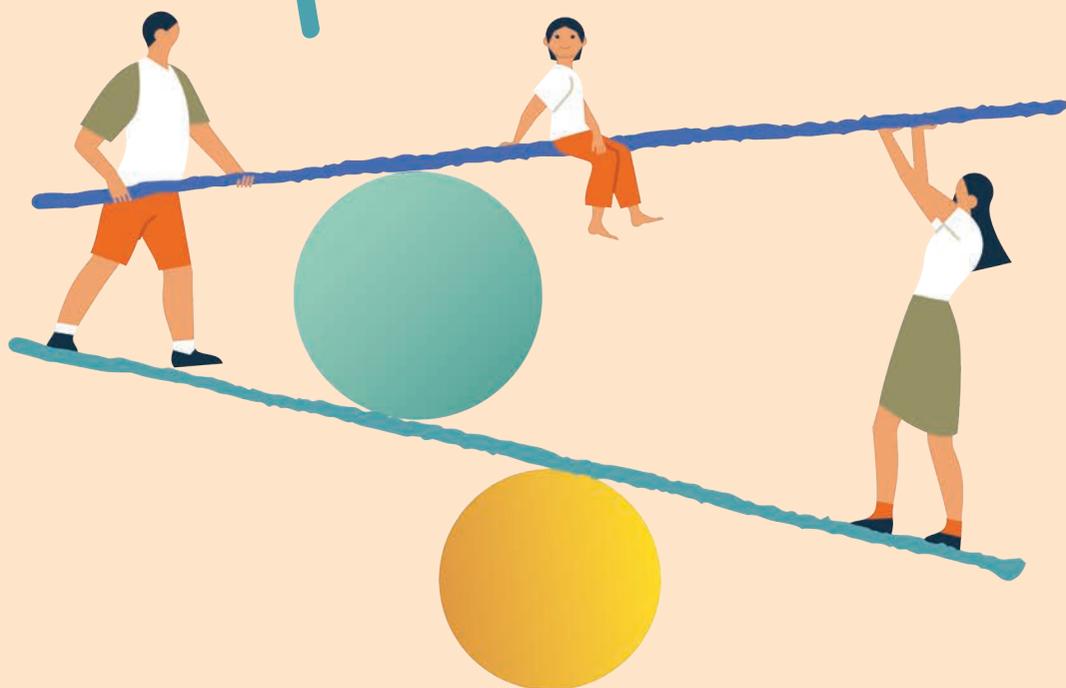


MARIE CHETRIT

# Practicar la educación positiva



Una guía para encontrar el equilibrio  
y no morir en el intento

zenith

MARIE CHETRIT

# PRACTICAR LA EDUCACIÓN POSITIVA

Una guía para encontrar el equilibrio  
y no morir en el intento

zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Algunos de los nombres y de los rasgos característicos de algunas personas se han modificado para proteger su privacidad.

Título original en lengua francesa: *Éducation positive: une question d'équilibre?*

Primera edición: septiembre de 2022

© Éditions Solar, 2021

Éditions Solar es un sello de Édi8, París, Francia

© de la traducción, María Eugenia Santa Coloma Costea, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.zenitheditorial.com](http://www.zenitheditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-08-26091-2

Depósito legal: B. 12.841-2022

Fotocomposición: Pleca digital, S.L.U.

Impreso en España – *Printed in Spain*



## SUMARIO

Prólogo de Hélène Bonhomme.....	13
1. CÓMO DESCUBRÍ LA PARENTALIDAD POSITIVA.....	15
2. LA PARENTALIDAD POSITIVA PUESTA A PRUEBA	
EN LA VIDA DIARIA.....	21
¡Bienvenido al mundo real! .....	21
Un método educativo sobrevalorado y encapsulado.....	23
3. EL LUGAR DEL NIÑO EN LA SOCIEDAD A LO LARGO	
DE LA HISTORIA.....	27
El hijo, propiedad del padre.....	27
El niño esclavo .....	28
El niño, moneda de cambio.....	29
Mortalidad infantil y apego al niño .....	31
Papel de la anticoncepción y acceso a la IVE.....	32
Tener hijos en tiempos de crisis: bienvenida la angustia.....	32
El niño <i>parásito</i> : resultado de una mutación en la relación con la infancia .....	34
4. LAS CORRIENTES EDUCATIVAS PRECURSORAS DEL RESPETO	
AL NIÑO.....	37
La mala educación, un problema tan antiguo como el mundo.....	37
Emilio y Sofia, los tratados de educación novelados.....	38
Estudio del psiquismo del niño en el siglo xx.....	39
François Dolto: el niño es una persona .....	41
Maria Montessori: la educación en movimiento, alianza cuerpo-mente.....	41
Alice Miller: la denuncia de cualquier tipo de violencia .....	43

5. LA DERIVA INDIVIDUALISTA.....	47
Sociedades menos individualistas .....	48
Los padres jóvenes e independientes frente a los abuelos .....	50
Relación con el cambio de enseñanza.....	51
La escuela en modo autoservicio .....	53
Del maestro todopoderoso al profesor proveedor de servicios.....	55
6. EDUCACIÓN Y MALTRATO .....	57
El maltrato infantil en cifras.....	57
En concreto, ¿qué viven esos niños dentro de su familia? .....	59
Evolución de la legislación en Francia .....	62
¿Quiénes son los menores internados?.....	62
7. AUTORIDAD, REGLAS, ENTORNO, CASTIGO: DESAMOR TOTAL ....	65
La autoridad ya no está de moda.....	65
Autoridad y autoritarismo, ¿en qué se diferencian? .....	67
Los impulsos que gobiernan al niño .....	68
El adultismo, nuevo concepto de moda.....	74
Superar la frustración .....	76
¿Por qué el progenitor del siglo XXI teme la autoridad? .....	78
¿Gritar, castigar, sancionar? .....	80
Entonces, ¿cómo sancionar? .....	82
Por qué no sancionar jamás no es ni soportable ni justo .....	89
¿La felicidad es infinita? .....	94
8. VIOLENCIAS EDUCATIVAS ORDINARIAS: REALIDADES	
CIENTÍFICAS Y EXAGERACIONES.....	97
Pero, a propósito, ¿qué es la educación positiva y de dónde viene?....	97
¿Qué datos neurocientíficos están en la base de la educación	
positiva? .....	101
Violencias educativas ordinarias: ¿qué indica este término? .....	101
Cuando todo pasa a ser violencia .....	103
«Se ha demostrado que las VEO son peligrosas para el cerebro.	
¿De verdad?.....	104
VEO, cortisol, estrés crónico y estrés agudo, una confusión	
hábilmente mantenida.....	106
El mito de los «cinco minutos de ira, cinco horas de cortisol».....	108
Tus hijos no son ratones de laboratorio.....	110
Estrés y edad del niño .....	111

Efectos del estrés de la madre en el feto.....	112
El estrés en el recién nacido .....	112
¿Qué conclusiones se pueden sacar sobre los efectos de las VEO en el niño?.....	113
<b>9. CRIAR EN LA ERA DE LAS REDES SOCIALES.....</b>	<b>115</b>
Los especialistas en educación, versión Instagram.....	115
Una patraña nada inocente.....	116
En Instagram, hay que elegir un bando .....	117
<i>Mom-shaming</i> y <i>mamatolás</i> .....	119
¿Podemos seguir discutiendo la racionalidad de los preceptos positivos? .....	124
¿De verdad la educación positiva es esta bazofia? .....	127
Pero ¿dónde están los auténticos expertos en psicología infantil?.....	128
Errores de diagnóstico debidos a consejos equivocados.....	130
La trampa de las redes sociales aísla a las madres jóvenes.....	136
Qué lleva a las madres jóvenes a una práctica extrema .....	139
<b>10. DECISIÓN Y CONSENTIMIENTO.....</b>	<b>141</b>
La decisión, un aprendizaje.....	141
Y, para empezar, ¿es realmente importante la petición de los padres? ...	142
Elegir es a veces difícil.....	143
La decisión cerrada.....	144
Consentimiento y cuidados .....	146
La higiene: la tragedia del baño, la tortura de cepillarse los dientes...	148
Los halagos y las recompensas.....	152
«Buenos días, por favor, gracias»: la cuestión de la cortesía .....	153
¿Y los besos, son cortesía?.....	155
<b>11. LOS GRANDES DEBATES SOBRE LA ALIMENTACIÓN .....</b>	<b>157</b>
¿La lactancia, es tan «natural»?.....	157
Retorno a la naturaleza y al instinto, con mucha intelectualización.....	159
Lactancia y <i>mom-bashing</i> .....	160
La confusión pecho-chupete .....	163
La diversificación dirigida por el niño o DME.....	165
<b>12. LA DELICADA CUESTIÓN DEL SUEÑO .....</b>	<b>169</b>
¿Duerme por la noche? .....	169
El sueño del bebé .....	172

¿A favor o en contra del colecho? .....	172
Dos años y siempre nos despierta varias veces por la noche. ¿Es normal? .....	174
13. EL MITO DEL «NIÑO QUE SE AUTORREGULA» .....	177
Golosinas irresistibles.....	177
Regular el acceso a las pantallas .....	179
¿Hay que demonizar las pantallas? .....	182
Los efectos de las pantallas en las capacidades de los niños .....	183
El teléfono móvil .....	186
«Los niños saben lo que es bueno para ellos» .....	190
14. MUJER, MADRE, PROFESIONAL: LA CUADRATURA DEL CÍRCULO ....	191
El regreso de la madre sacrificial .....	191
El <i>burn-out</i> de los padres.....	193
Mujer maltratada, madre maltratada .....	198
El tabú de la ambivalencia maternal .....	199
La sexualidad tras la llegada del bebé.....	201
Las discrepancias educativas .....	206
Trabajo y maternidad .....	207
Recuperar su lugar como mujer.....	208
Conclusión: ¿Con qué podemos quedarnos de la educación positiva? ....	213
Agradecimientos .....	217
Referencias .....	219

## CÓMO DESCUBRÍ LA PARENTALIDAD POSITIVA

**D**esde que tengo memoria, siempre he sabido que quería tener hijos. Como provengo de una familia clásica, donde la autoridad calmada de los padres nunca se ha puesto en tela de juicio, imaginé que reproduciría un modelo que había funcionado bastante bien y al que aportaría mi pequeño toque personal. Después de convertirme en madre y en madrastra de cuatro niños, doy fe de que no existe un único modo de ser progenitor; hay uno por cada hijo y cada uno tiene su propio carácter y personalidad.

Mi hija mayor, de dieciséis años, fue una niña *fácil*; de carácter alegre, enseguida durmió por la noche, comía bien y de todo, tenía las rabietas y decía las tonterías justas (perdón, expresaba sus emociones y experimentaba solo lo necesario) para que yo pudiera estar segura de su vivacidad y de su buena salud mental. Por eso pensé, con la seguridad propia de las principiantes, que era una madre totalmente competente. Unos años y un divorcio más tarde, he rehecho mi vida con un hombre que tiene un hijo. Tuve que aprender a vivir con un niño que no era mío; fue un choque que me llevó a cuestionarme algunos de mis principios educativos. La parentalidad positiva, que comenzó a ir viento en popa en esta época, me interesaba mucho; conseguir comunicar, siempre con dulzura y respetando la personalidad del niño, sin entrar en un equilibrio de poder es, desde luego, el sueño de cualquier progenitor. En mi delicada posición de madrastra, vi un modo idóneo de actuar con este niño caído del cielo. Así fue como mi marido y yo nos convertimos en padres de dos hijos, nacidos en 2014 y 2015. Y luego... todas mis estupendas teorías se fueron al garete.

Si mi hija mayor me convirtió en madre, si mi hijastro me ayudó a crecer y a ser más comedida, si nuestro primer hijo en común fue el lazo de unión de nuestra familia, el último llegó para ponerlo todo patas arriba. Lo que funcionó muy bien con los anteriores no sirvió con él. Independiente, rebelde, encantador y revoltoso, indiferente a las normas y, por supuesto, gracioso a más no poder, nuestro hijo pequeño nos ha llevado al límite. Aunque éramos unos padres veteranos, pero a punto de claudicar, deseosos de dormir toda la noche lo antes posible y con ganas de leer tranquilos media hora el domingo por la tarde, este crío fue el que más tardó en dormir de un tirón por la noche, chillaba más fuerte, le importaba un pimiento hacerse pis encima, tenía un montón de ideas insólitas y discutibles, tiraba la comida por el suelo y se subía a la mesa riéndose. Todas nuestras advertencias, incluidas las más suaves, le resbalaban —y le siguen resbalando— como el agua en las plumas de un pato.

Recuerdo pasar noches tumbada en la alfombra del salón, agotada, y él jugando, a las dos y media de la madrugada, sin ni un solo diente que justifique su insomnio, pese a tener (con casi dos años) edad de no tomar biberón por la noche. Nos llamaba a gritos: «¡Mi lecheee! ¡Mi lecheee!». Claro está, íbamos corriendo porque nos angustiaba mucho ver a nuestro crío (bueno, ya no tanto, porque incluso hablaba) despertarse de ese modo tan brusco, y también, justo es decirlo, porque queríamos evitar que molestara a sus hermanos y hermana. Y encima, al igual que muchos otros ciudadanos, vivimos en un piso; los gritos de un niño, de noche, son como una explosión, y no queríamos enemistarnos con todos los vecinos. ¿Ansiedad, pesadillas, necesidades afectivas no colmadas de un hijo pequeño víctima de la competencia entre hermanos? Pensamos en todo. Lo tranquilizábamos, lo mimábamos, le hablábamos; preparábamos el famoso biberón salvador, a pesar de sentir una pizca de culpa al pensar en los consejos del pediatra y el dentista —«Nada de biberón de leche por la noche, ¡provoca caries!»—, lo acompañábamos a la cama, le cogíamos de la mano; le acariciábamos la espalda, el pelo; le canturreábamos bajito; compramos lamparitas de noche, cajas de música; lo acostábamos en nuestra cama hasta que se dormía y después lo llevábamos con cuidado a la suya..., donde se despertaba, naturalmente, en cuanto lo dejábamos.

Y un día me volví agresiva. Sin dormir y sin momentos para disfrutar en pareja, agotada y nerviosa, me di cuenta de que, a fuerza de querer responder siempre a lo que consideraba una necesidad de tranquilidad, empezaba a no soportar a mi hijo. Me llevó un tiempo, pero una noche fui capaz: «Te lo advierto, me da igual si lloras esta noche porque no te pienso dar el biberón. Ya eres mayor y no necesitas tomar leche por la noche. Pero vendré a hacerte mimitos y podrás volver a dormir con nosotros si quieres».

La primera noche fue terrible. A grito pelado porque quería la leche, nos golpeó el vientre y el pecho con toda la fuerza que le permitían sus puñitos y sus pies rabiosos hasta que se durmió de puro agotamiento en medio de los dos. La noche siguiente se volvió a despertar, pero sus quejas fueron algo menos vehementes. Y dos días después ya no se despertó más. Tras meses tolerando que nos importunara por la noche, así conseguimos solucionar el problema en solo unos días y volver a tener una relación más serena con nuestro hijo, porque es increíble lo mucho que puede aumentar la dosis de indulgencia y optimismo una noche de sueño reparador.

Poco después de este episodio, empecé a compartir los textos en mi blog, *Les petits ruisseaux font les grands rivières* [Los pequeños arroyos forman los grandes ríos], y luego en las redes sociales, sobre todo en Instagram. Para mi gran sorpresa, observé cuántos padres —madres principalmente— comprometidos con la corriente de educación benevolente se cuestionaban cada pequeño gesto de su vida cotidiana para dar con cualquier indicio de violencia encubierta. Me quedé boquiabierta. Descubrí a madres convencidas de que maltrataban a su hijo porque lo habían dejado metido en el parque mientras se daban una ducha. Leí testimonios de mujeres que dudaban de su legitimidad para cepillarle los dientes a su hijo, o limpiarle la nariz con suero fisiológico, con la excusa de que eso sería violento, invasivo, y vulneraría su derecho a decidir sobre su propio cuerpo. Vi a padres que aceptaron no dormir juntos, o pasarse las noches en vela durante años, con tal de proteger y consolar a su hijo, al margen de todo contexto patológico, por supuesto. Y madres que se preguntaban cómo

evitarle a su hijo de nueve meses la humillación de limpiarle la boca cuando le dan la papilla. Sin contar todas a las que les consumía la culpa porque, al borde de un ataque de nervios, habían gritado o castigado al niño y pensaban que le habían causado un trauma de por vida o incluso dañado el cerebro. Es el colmo. Todos estos comportamientos indeseables de los padres tenían nombre: violencias educativas ordinarias (VEO).

Encontraba los mismos argumentos en todas estas madres:

- «¿Te gustaría que te limpiaran la boca con una cucharilla?»
- «Es su cuerpo, no seré yo quien le diga que tiene que lavarse los dientes. Si lo hago a la fuerza, ¿cómo entenderá que nadie le puede tocar el cuerpo si dice que no?»
- «Si dejas que lllore, segrega cortisol y es tóxico para el cerebro; es un peligro para su desarrollo.»
- «Que sea un niño no significa que yo sea superior; es un ser humano y tengo que respetarlo. Mi hijo es como yo.»

Todas estas afirmaciones dan fe de lo mucho que ha evolucionado la percepción del niño en la sociedad, y eso está bien. Y, para ser honestos, estoy segura de que me comportaría de otro modo con mi hija mayor si hubiese nacido hoy. Lo cierto es que ser el primogénito no es nada fácil, porque el progenitor joven ¡se entrena con él! Cuánto camino recorrido entre lo que pensé que era bueno, y cierto, con mi primer hijo y lo que pensé que era igual de cierto, e igual de bueno, con el último. ¡Qué diferencia también al ir al pediatra! Todo lo que me dijeron en 2005 como si fuera una verdad absoluta quedó obsoleto en 2016: «Si tiene fiebre, báñala y deja que le baje la temperatura al mismo tiempo que la del agua del baño» frente a «Si tiene fiebre, sobre todo no la bañes; desnúdala y dale de beber». Prueba de que algunas teorías médicas, al igual que las educativas, evolucionan constantemente.

El cambio en los métodos educativos ha sido muy rápido desde la llegada de la neurociencia y los avances en neuropsicología. Se ve

enseguida al leer los artículos de blogs o las publicaciones en Instagram que hablan de la madre 2.0, llenos de conceptos neurocientíficos y teorías educativas benevolentes. Sin embargo, estos testimonios hacen, asimismo, una interpretación desmesurada de estudios científicos popularizados hasta la exageración y que poco tienen que ver con el original.

La ciencia, precisamente. Soy científica y me dedico a la investigación académica, por lo que mi rutina profesional se compone de lecturas, análisis, hipótesis, experimentos y validación experimental. Mi trabajo me ha enseñado a no confiar solo en un título y a entender las publicaciones científicas. Porque un investigador, como todo el mundo, busca el título más impactante posible para que su trabajo destaque. Esto no le impide, en el cuerpo del artículo, contextualizar y ponderar los resultados obtenidos. Los periodistas científicos que usan estas publicaciones omiten a menudo los *might*, *may*, *would*, *could* y cualquier otro condicional que indique que se trata de hipótesis y extrapolaciones. Así pues, empecé a releer los estudios científicos que se citan en las obras de referencia sobre la educación sin violencia para ver lo que se había demostrado en realidad.

La educación positiva, heredera de los cambios que han tenido lugar en el siglo XX, ha transformado por completo la percepción del niño y su desarrollo. Las particularidades y necesidades del niño ahora se tienen más en cuenta, y la relación entre padres e hijos no tiene mucho que ver hoy en día con lo que era normal hace tan solo cincuenta años. Son muchos los cuarentones como yo que perciben la diferencia en las relaciones que manteníamos de niños con nuestros tíos y tías y las que tienen nuestros sobrinos y sobrinas con nosotros; hay un abismo.

No obstante, muchos padres solicitan ahora consejo por problemas de relación con sus hijos: dificultades para hacer que el niño colabore en la vida diaria, sensación de tener que argumentar y negociar todo el tiempo, imposibilidad de mantener una conversación entre adultos sin verse interrumpidos constantemente, presión social muy fuerte para *triunfar* como progenitor además de hacerlo a nivel profesional y sentimental... El estrés se acumula y aparece el *burn-out* de los padres, sobre todo de la madre: se calcula que afectaría a alre-

dedor de un 5-10% de los padres occidentales. Algunos progenitores, en nombre de la educación benevolente mal entendida, temen traumatizar a su hijo con sus exigencias, dudan a la hora de poner límites y de imponerse sin más, por otra parte. A veces, uno tiene la impresión de que el sentido común ha desaparecido del panorama educativo. ¿Cómo hemos llegado hasta ahí?

En mi blog y mis publicaciones en las redes sociales, he compartido mis dudas acerca de esta interpretación de la educación positiva y he recibido centenares de mensajes de madres que se han sentido aliviadas al ver que no son las únicas que a veces gritan, a veces se enfadan y a veces mandan a su hijo a la habitación para que se tranquilice, el tiempo justo para que puedan tomarse un respiro. Al constatar que, al igual que ellas, la interpretación de la parentalidad positiva al estilo Instagram me parecía exagerada, excesiva y poco respetuosa con sus necesidades, se sentían menos culpables. También he recibido mensajes de profesionales de la primera infancia —psicólogos, educadoras, auxiliares de puericultura—, alarmados por los difíciles comportamientos de los niños cuyos padres aplican los principios de la parentalidad positiva hasta rozar lo absurdo.

Así es como surgió la idea de este libro. Intenta restablecer una visión justa y equilibrada de lo que es en realidad la educación positiva, además de devolver el sentido común y el respeto por uno mismo; porque en la génesis de un hijo están los padres, que deben proteger su equilibrio ¡y no sacrificarse totalmente!

Entonces, ¿qué pasa con la situación de los niños en Occidente hoy en día? ¿Qué efectos de las violencias educativas ordinarias en el desarrollo infantil han quedado demostrados? ¿Es posible conciliar la educación positiva del niño y respetar sus necesidades personales? ¿Se puede ser realmente un progenitor *positivo* y mantener la espontaneidad? ¿Se pueden aplicar las teorías de la educación positiva al pie de la letra a todas las situaciones familiares? ¿Es necesario aplicar las pautas establecidas en las redes sociales? En esta obra se abordarán todas estas cuestiones.

## LA PARENTALIDAD POSITIVA PUESTA A PRUEBA EN LA VIDA DIARIA

**E**n teoría, todos soñamos con la parentalidad positiva. ¿Quién no quiere vivir sin enfrentamientos, sin gritos, sin castigos con lo que más queremos, nuestros hijos? La teoría es bonita y tentadora. Nos promete una vida familiar en armonía, mañanas alegres y soleadas delante de un café, sin manchas en el mantel, donde todos se van juntos y tranquilos al colegio o al trabajo. Nos promete unas noches serenas. Se acabó la madre despeinada y medio atontada que no logra que la obedezcan. Se acabó el padre que impone su autoridad a grito pelado y dando puñetazos en la mesa. Se acabó el niño castigado que se va a su habitación sollozando y frotándose el trasero dolorido. Todo esto fue antes de la educación positiva.

Y, sin embargo, da la impresión de que no basta seguir las instrucciones al pie de la letra para que eso funcione en la vida real.

### ¡BIENVENIDO AL MUNDO REAL!

En las redes sociales, he podido leer los testimonios de padres desmoralizados ante reacciones de sus hijos que distan mucho de las descritas en los manuales de educación positiva. Ya sabes, esos en los que se recomienda anticipar y advertir al niño de lo que tendrá que hacer para colaborar; es obvio que la diferencia entre la teoría y la realidad es considerable.

Todas las mañanas la misma historia. A las ocho, le pido que se vista para ir al colegio. Le advierto que es casi la hora de salir. Pero hace oídos sordos y sigue jugando como si nada. Vuelvo a decírselo con delicadeza, le explico que tenemos que llegar a tiempo y que des-

pués me tengo que ir a trabajar. Nada que hacer. Entonces acabo por enfadarme, grito y nos vamos con caras largas al colegio.

El tema del sueño, o más bien de despertarse por la noche, también es omnipresente.

Tiene un año y medio y sigue despertándose cada dos horas por la noche. No puedo más. Estoy agotada. Me vuelvo desagradable con todo el mundo. Pero no puedo dejarla llorar, ya sabes, si me llama, es porque me necesita.

La pareja también sufre un gran revés; el nacimiento supone siempre un gran cambio para el que los padres no tienen por qué estar preparados (¿y quién lo está?). Pero responder de inmediato a las necesidades del niño, constantemente, acaba agotando toda la energía, en detrimento de la pareja. Este fenómeno se acentúa aún más cuando el nivel de exigencia educativa de los padres es muy alto.

Tras su nacimiento, discutimos, pasamos el tiempo lidiando con pañales, con leche y con la logística para meter la cuna plegable y el cochecito en el automóvil. Intentamos hacer lo que podemos para impedir que llore, jugar con ella, hacer que se duerma... Así que no hay ni un solo instante para estar en pareja. Temo que acabemos siendo solo padres.

Si ya se te han pasado estas cosas por la cabeza, buenas noticias: ¡eres normal! Pero claro, ¿a quién le gusta pasarse la noche durmiendo a trompicones, vivir en medio de los gritos, no tener ni un minuto para uno mismo? Obviamente, a nadie.

Estas preguntas suelen venir acompañadas de una gran dosis de culpabilidad y de dudas sobre uno mismo: «Me siento fatal por meterle prisa para llegar a tiempo. Seguro que lo hago mal», «Me muero de sueño, pero ni se me pasa por la cabeza dejarla llorar un poco; me da miedo traumatizarla», «Deseaba tenerla, claro, pero nunca imaginé que todo sería tan difícil. Sin embargo, parece que nuestros amigos se las apañan bien».

Y, naturalmente, las redes sociales influyen de manera considerable en los padres de hoy en día.

He leído que el llanto daña el cerebro de los niños / que destetarlo será un trauma para mi hijo / que no hay que dejarlo que duerma solo.

La que ha contado la historia de una asesora en parentalidad es una chica a la que sigo en Instagram. Se basa en datos neurocientíficos; seguramente es verdad.

## UN MÉTODO EDUCATIVO SOBREALORADO Y ENCAPSULADO

La práctica de la parentalidad positiva tropieza enseguida con límites: los de los padres. No tenemos ocho brazos ni cinco cerebros. ¿Cómo hacer cuando varios niños te reclaman al mismo tiempo, cuando, además, hay que lidiar con el día a día, el trabajo, los transportes? La realidad, como un bumerán, acaba dándoles en las narices a los padres más motivados. Se desaniman y se sienten culpables por tener que infringir los principios de la educación positiva.

La mayoría de las veces, la parentalidad positiva solo saca a relucir a los padres tranquilos, serenos, que aguantan todas las emociones de su hijo, como la agresividad y las rabietas —rebautizadas como *tempestades emocionales* para evitar las connotaciones negativas—, les dejan expresar todo absolutamente, se aseguran de obtener el consentimiento del niño para cualquier acto que pueda atentar contra su integridad... como cepillarle los dientes o cambiarlo. Un progenitor no es tanto un progenitor, con sus propias emociones y su historia personal, sino un *supercoach* capaz de gestionar con perspectiva y serenidad la relación a veces conflictiva con el niño.

Y ahí está el problema: la brecha es inmensa entre la teoría idealizada de las redes sociales y el progenitor que no para entre su trabajo, lo que tiene que recoger en el supermercado, la montaña de ropa, los deberes del colegio y el peque, que está en fase de aprender a ser limpio (perdón, de «controlar los esfínteres»); decir que uno aprende a ser limpio significa que antes era sucio, lo cual es humillante para el niño) y todavía se hace caca en el salón. Dado que he tenido el placer

de limpiar los resquicios entre las tablas del parqué con bastoncillos para los oídos, después de semejante desgracia puedo dar fe de que basta para hacerte perder los nervios, aunque después nos riamos. Y desafortunadamente el tiempo no se estira: la pasta se ha de cocer a las siete en punto. Es raro, por tanto, que un progenitor de carne y hueso disponga siempre del tiempo necesario para expresar y explicar las cosas, y las veces que haga falta, sobre todo cuando hay varios niños.

Además, el progenitor al que le cuesta llegar a fin de mes buscará la inspiración y los consejos educativos en las redes sociales, fuente de información gratuita, pero de dudosa calidad, antes que dirigirse a profesionales: psicólogos, psicoterapeutas y pediatras. En las redes sociales prevalecen sobre todo autoproclamados especialistas a quienes lo que les interesa fundamentalmente es colocar sus productos o vender su formación no homologada. Hablaremos de esto más adelante.

También existe, en términos generales, una inclinación por las recetas fáciles, los *tutoriales* rápidos que garantizan una estantería de madera reciclada, un pastel de chocolate perfecto sin esfuerzo alguno y... un hijo feliz y contento en un plis plas. Pero la educación no es una receta de cocina; hay tantas variables que es ingenuo pretender conocer lo que funciona. Por un lado, se presentan técnicas que se supone que funcionan en todos los niños, sin gritos ni violencia, como si los bebés naciesen como hombrecitos de plastilina idénticos a los que la educación positiva dará forma. Por otro, los padres se enfrentan a su hijo, el único ser de su linaje, su historia, su entorno, su cultura.

Todo progenitor de varios hijos sabe lo distintas que son sus personalidades, y es algo que se nota desde la maternidad. El primer hijo tiene un lugar especial; es el fundador del núcleo familiar, aunque se trate de una familia monoparental. El segundo reorganiza esta configuración y ha de encontrar su sitio. Según la personalidad del primogénito, podrá diferenciarse al adoptar un comportamiento distinto: ¡hay que llamar la atención de los padres! La disputa por asegurarse el amor paternal es dura. Aplicar la parentalidad positiva con un niño de dieciocho meses es también un pequeño reto. Dieciocho meses, de los cuales casi un año ha sido de unión con el bebé; eso deja poco tiempo para poner de verdad a prueba la resistencia de

tus nervios frente a la interminable negociación en la que algunos niños son especialistas, para envidia de vendedores o diplomáticos curtidos.

A veces nos podemos encontrar con padres con un solo hijo que proclaman a los cuatro vientos sus logros con la educación positiva. Cuando llega el segundo, son mucho más discretos. Y es raro que sigamos escuchándolos si tienen un tercero; aplicar a la perfección la educación positiva con unos hermanos con personalidades y edades distintas es harina de otro costal. La parentalidad es un camino durante el cual la humildad va en aumento. Los auténticos especialistas que hay detrás de esta corriente educativa saben bien, además, que el lugar que ocupan los hermanos, la diferencia de edad entre los niños y su número influyen en sus reacciones y requieren que se hagan ajustes caso por caso,<sup>1</sup> muy lejos de las fórmulas que se han pregonado a bombo y platillo apoyadas por la pseudociencia. A lo largo de nuestra vida como padres no dejamos de evolucionar, ya que seguimos creciendo a nivel personal; la madre que fui a los veintiocho años y que descubre a su primogénita tiene poco que ver con la madre y madrastra cuarentona de cuatro hijos que soy ahora. En los diez años que separan el nacimiento de mi primer hijo y el último, me he visto sometida a las influencias sociales, a acontecimientos familiares y a un desarrollo personal que hace que cada uno de mis hijos también me perciba de un modo diferente. Ninguno me recordará de manera idéntica; el vínculo que nos une es único y distinto. Además, los dos mayores ya nos han dicho en referencia a sus hermanos pequeños, entre dientes: «Me parece que los estáis criando fatal», dando a entender que somos unos padres permisivos y que no hicimos lo mismo con ellos.

Por supuesto, los padres maltratadores, con una personalidad patológica y una autoridad enfermiza, no han desaparecido del mapa. Pero son una minoría. Y, sobre todo, no cuestionan jamás su *modus operandi*; el sello de un progenitor que realmente maltrata es que nunca lo pondrá en tela de juicio. Jamás los encontraremos, desde luego, en los foros de padres. No forman parte de los seguidores angustiados de Instagram que buscan una solución para que su hijo se vista, sin gritar, a las ocho y veintisiete de la mañana. Al contrario, el

progenitor joven del tercer milenio, el progenitor *suficientemente bueno y normal* es aquel que se siente culpable y cree que nunca hace lo suficiente. Quiere darle lo mejor a su hijo: el entorno afectivo más protector, el más estimulante, el más respetuoso. Y resulta paradójico que, pese a que su indulgencia hacia su hijo parece ser infinita, muestra muy poca hacia sí mismo.

Ser progenitor no es sinónimo de dejar de lado la propia vida. Ser progenitor no implica sacrificarse en cuerpo y alma, ni descuidarse ni negar lo que se siente. Ser progenitor, querer a un hijo, es compatible con el hecho de sentir un impulso agresivo hacia él; no es muy correcto políticamente hablando, pero es, no obstante, una realidad. Ser progenitor es ser tan indulgente con uno mismo como se es con su hijo, es concederse el derecho a equivocarse sin hacer dramas. Si no, ¿cómo aprenderá que tiene derecho a fracasar y perdonarse a sí mismo?

Un niño no necesita unos padres perfectos, infalibles o en constante estrés ante la idea de hacerlo mal. Necesita unos padres que, en conjunto, sepan cuidar de su salud física y su seguridad moral, psíquica y emocional. Necesita unos padres que le ayuden a encontrar su lugar en la sociedad, a autoafirmarse, respetando a los demás y a sí mismo. Y necesita, desde luego, sentirse querido de forma incondicional. Y, en todos los casos, el resultado de la educación no se percibe de verdad hasta que el niño ha crecido lo suficiente, se ha convertido en un adulto feliz, capaz de interactuar en la sociedad de la manera más armoniosa posible.

La pregunta que sigue asaltando a todos los padres que quieren educar a su hijo en el espíritu de la parentalidad positiva es saber si un patinazo, una fisura en la parentalidad, un incumplimiento puntual de las normas generales, una noche en la que se han enfadado más que otra, una adhesión parcial a los principios, incluso un verdadero error detectado retrospectivamente serán en realidad perjudiciales para el niño. Educar a un hijo ¿no consistirá en poner una marca en cada línea de una lista de tareas pendientes y esperar recibir a cambio el diploma de superprogenitor? Dicho de otro modo, ¿puede un detalle ser más importante que todo el cuadro?